

rey de Hungría á la insurrección contra su soberano legítimo (1). No era necesaria la provocación extranjera; la diferencia de raza mantiene una barrera insuperable entre la Hungría y la Alemania. Es posible reunir bajo un mismo príncipe naciones diversas, pero el espíritu nacional acabará por disolver estos imperios, que son una yuxtaposición de pueblos más bien que un Estado.

El imperio estuvo casi en guerra permanente con los Eslavos. Una parte de los vencidos fueron absorbidos por la nacionalidad germánica; los otros conservaron una existencia aparte, aún cuando admitieron relaciones que establecieron alguna dependencia. Los Bohemios, vencidos ya por Carlo-Magno, formaron más tarde un reino; su rey era uno de los dignatarios del imperio (2). Pero este débil vínculo fué insuficiente para fundir la raza eslava con la raza germánica. Todas las tribus eslavas tienden hoy á agruparse en naciones independientes.

Tal era el imperio romano de Alemania. De todas las monarquías que han pretendido la dominación del mundo, ésta es la que tenía ménos fuerzas efectivas. Lo que constituye la esencia de una monarquía universal es la unidad. Roma poseía este genio en el más alto grado; su imperio mereció llevar el nombre de romano. La raza germánica se distingue precisamente por el genio contrario, el de la diversidad. Ha nacido dividida y no ha llegado á realizar la unidad ni aún en su seno: ¿cómo había de imponerla al mundo? Aquella pretendida monarquía universal no fué, en su principio, más que un resto del imperio de Carlo-Magno. La Alemania fué el centro del imperio que llevaba el nombre de romano. Perdió lo que poseía en Francia. Sus derechos sobre la Italia no fueron más que una ocasión de luchas incesantes. Los estados feudatarios son una ilusión del patriotismo alemán. La supremacía del emperador como jefe temporal de la cristiandad es más quimérica todavía.

(1) CONRING, *De finib. Imperii*, I, 16, 16. 17.

(2) El rey de Bohemia desempeñaba el papel de copero en la ceremonia de la coronación del Emperador (CONRING, *De finib. Imperii*, 29, 3, 6, 7).

§ II.—EL imperio del mundo.

El imperio de Alemania lleva el título de romano. Diríase que el espíritu de invasión, de conquista y de dominación es inherente al nombre de Roma. Roma ha comunicado su genio á los sacerdotes que hoy se sientan en el antiguo trono de los Césares; ha inspirado sus pretensiones al imperio del mundo á los emperadores de Alemania que se creían los sucesores de los Césares. La Ciudad Eterna conservó su prestigio á través de la invasión de los pueblos del Norte, del trastorno de la Europa y de la disolución del imperio carolingio. Apenas Oton I ha vuelto á colocar la corona imperial en la cabeza de los reyes de Alemania, se despiertan los recuerdos de la dominación romana. Los cronistas unen los derechos de los emperadores alemanes con el gran nombre de Roma, la cual no ha dejado de ser *la capital del universo* (1); la llaman *la reina de las ciudades, la señora del mundo* (2); buscan expresiones que puedan dar idea de su grandeza: «*La naturaleza entera no tiene nada más grande*» (3); en Roma se encuentra el principio de todo poder real; ella confiere los imperios. «*posee en su seno el cuerpo del príncipe de los apóstoles, y tiene, por consiguiente, derecho al principado del universo*» (4).

Los emperadores de Alemania tomaron los títulos de los empe-

(1) HROTSUITHA, la célebre religiosa de Gandersheim, hablando de la coronación de Oton, dice de Roma: «*Quæ semper stabilis summum fuerat caput Orbis.*» *Gesta Oddonis*, V, 43 (PERTZ, IV, 320).

(2) *Vita S. Adalberti*, c. 16 (PERTZ, IV, 588): *Regreditur ad sacratam arcem, urbium dominam et caput mundi Romam.*—*Chron. Besuense* (del siglo XII, en BOUQUET, XII, 308): *Cænobium Besuense ita restoruit, ut usque ad mundi dominam Romam famosum nomen haberet.*

(3) ARNOLDUS *De S. Emmeram.*, II, 33 (PERTZ, IV, 567): *Potentissimam urbem romanam, quam quidam vocitare solent mundi dominam vel rerum maximam.*

(4) *Vita S. Adalberti*, c. 21 (PERTZ, IV, 590): *Roma cum caput mundi et urbium domina sit et vocetur, sola reges imperare facit, cumque principis sanctorum corpus suo sinu refoveat, merito principem terrarum ipsa constituere debet.*

radores romanos. Carlo-Magno se llamaba ya *César*. El nombre de *Augusto* imprimía á los reyes alemanes un carácter sagrado (1), y les imponía al mismo tiempo como un deber la conquista y el engrandecimiento del imperio (2). Los emperadores de la Roma pagana se llamaban los señores del mundo (3); estas orgullosas pretensiones se manifestaron principalmente en la época en que el cristianismo llegó á ser la religión oficial; confundiéndose la ambición de la Iglesia con la del imperio, se vió á los obispos rivalizar en adulación con los cortesanos parar incensar á los jefes de la cristiandad (4). Con el nombre de Roma pasó á los emperadores de Occidente la herencia del orgullo y de la vanidad. Príncipes, apénas señores en su reino de Alemania, se glorificaban con el soberbio título de *dominador del universo* (5). Los Romanos, que aunque degenerados, conservaban el recuerdo de su antigua grandeza, quisieron hacer de su ciudad la capital del imperio que llevaba el nombre de romano; el Senado, resucitado, saludó al emperador de Alemania con el nombre de *señor de la ciudad y del mundo* (6). Los Hohenstaufen se apropiaron aquel título famoso (7); elevaron más alto todavía la majestad imperial: «representa en la tierra al rey de los reyes, al señor de los señores» (8).

(1) Así es como Suetonio (Octav. 17) explica este nombre que se dió al primer Emperador.

(2) Los emperadores alemanes tradujeron la palabra *Augusto* por *Mehrer des Reichs*, derivándola de *augere* (PFEFFINGER, *Corpus juris publici*, t. I, p. 298).

(3) L. 9. D. XIV, 2: *Ego quidem mundi dominus*. C. L. un. pr. C. De Justiniano *Codice confirmando*.

(4) Véanse los testimonios en PFEFFINGER, *Corpus juris publici*, t. I, p. 375 y sig.

(5) WIPPON, en la carta á Enrique III, que se encuentra al frente de la *Vida de Conrado el Sálico*, dice: «*Gloriosissimo Imperatori, in hujus orbis domino dominantium*.» (PISTORIUS, *Scriptor. Rer. Germ.*, p. 459.) En una composición en verso sobre la muerte de Conrado II, WIPPON llama al Emperador *caput mundi* (*ib.*, p. 483).

(6) «*Urbis et Orbis totius domino*.» (GOLDAST, *Constitut. Imperial.* I, 261.—MARTENE, *Collect. Ampliss.*, t. II, p. 396.)

(7) «*Quia divinae providentiae clementia, Urbis et Orbis gubernacula tenemus*.» *Curia Norimbergensis*, en PERTZ, *Leg.* II, 99.—C. *Curia Wormatiae*, *ib.*, p. 104.

(8) «*Imperatoria Majestas quae Regis regum et Domini dominantium vicem gerit in terris*.» (*Sententia de bonis clericorum*, 1173, en PERTZ, *Leg.*, t. II, página 142.)

Estos magníficos títulos no eran palabras vanas en boca de los Hohenstaufen; no les faltaba voluntad para convertir en realidad sus pretensiones. Antes de partir para la cruzada, Federico Barbaroja reclamó de Saladino la propiedad de la Tierra Santa, no como dominio de Jesucristo, sino como provincia del imperio romano (1). «¿Aparentas ignorar, dice el emperador de Alemania al príncipe sarraceno, que las dos Etiopías, la Mauritania, la Persia, la Siria, el país de los Parthos, donde pereció Craso nuestro dictador, la Judea, la Samaria, la Arabia, la Caldea, el Egipto y otros innumerables países, están sometidos á nuestra dominación?» (2). Federico II dice en una de sus cartas: «He jurado reunir todas las partes del imperio romano y no omitiré nada para conseguirlo» (3). Si los Hohenstaufen no hubieran encontrado en el Pontificado un enemigo mortal, Roma hubiera vuelto á ser la capital de su imperio, y aquel imperio no hubiese conocido más límites que la fuerza de sus brazos (4). Sucumbieron, y con ellos el poder del imperio; la ambición, sin embargo, sobrevivió: príncipes cuyo nombre apénas es conocido, usaron con orgullo el título de emperador del mundo (5). Este imperio quimérico acabó por ser la herencia de la casa de Austria (6), pero no alcanzó con él más que los cumplimientos interesados de los papas y de los legistas.

Tal es el imperio del mundo que los emperadores de Alemania

(1) La carta referida como auténtica por ROGER DE HOVEDEN, en sus *Anales de Inglaterra*, p. 650, es inventada (WILKEN, *Geschichte der Kreuzzüge*, t. IV, p. 52, nota), pero no por eso deja de expresar los sentimientos generales.

(2) RADEVICUS dice de Federico Barbaroja (*de rebus gestis Friderici*, II, 76), *Toto regni sui tempore nihil unquam duxit melius, quam ut Imperium Urbis Romae sua opera, suoque labore pristina polleret et vigeret auctoritate*.

(3) MATHIEU PARIS, *ad a.* 1239, p. 410.

(4) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. III, p. 669 y sig.

(5) *Edictum Ludovici* V, a, 1328 (GOLDAST, *Constitut. Imperial.*): *Imperator Ludovicus..... Gentis humanae, Orbis Christiani custos, a Deo electus..... Urbi et Orbi praesidemus*.

(6) El monograma de la casa de Austria A. E. I. O. U. se interpreta del modo siguiente (PFEFFINGER, *Corpus juris publici*, 378):

«*Austria est imperare Orbi Universo*».

ó en alemán:

«*Alles Erdreich ist Oesterreich unterthan*».

pretenden como jefes de la cristiandad y como sucesores de los Césares. Sus pretensiones encontraron apoyo en las clases ilustradas. La idea de la monarquía universal, encarnada en Roma, era un ideal para todos aquellos que se inspiraban en el estudio de la antigüedad: ¿qué cosa más natural que trasladar á los emperadores romanos de Alemania la alta ambición que admiraban en los antiguos Césares? Estos sentimientos se manifiestan en el lenguaje de los cronistas; creeríase, al ver su orgullo, que son hijos de la Ciudad Eterna. No les extrañan las felicitaciones que los pueblos extranjeros dirigen á los emperadores: «¿no está el mundo entero sometido á sus leyes? (1). Han nacido para la gloria y la felicidad del universo (2), cuyos protectores son» (3). Los poetas alemanes no podían dejar de celebrar la grandeza de sus príncipes; los *Minnesinger* no conocen nada más grande en la tierra que «aquel que es emperador en todos los países» (4). La idea del imperio se encuentra en los poetas latinos, lo mismo que en los cantores de la Alemania. Tenemos un poema del siglo XII acerca del Antecristo, que es una verdadera glorificación del imperio como monarquía universal: «El emperador se considera como sucesor de los Romanos, y como tal, monarca del mundo; envía mensajeros al rey de Francia para intimarle á que se rinda á su ejército; el rey se niega y es vencido y hecho vasallo del emperador; los demás reyes, incluso el emperador de los Griegos, se someten sin dificultad. Entónces se levanta el rey de Babilonia para destruir el nombre cristiano, pero es derrotado á su vez y

(1) *Annal. Quendlinburg.*, a. 1021 (PERTZ, III, 86): *Quid de victoriosissimi imperatoris referam gratulatione? cui cuncta mundi climata colla subdendo inserviunt?*

(2) *Vita J. Gorziensis*, c. 43 (PERTZ, IV, 349): *Otto Cæsar*, universo orbi non minus gloriæ quam fructu natus.

(3) OTTON. FRISINGENS., *Chronio.* VIII, 34: *Ad imperatorem totius orbis spectat patrocinium.*—WIPPON (*Tetralogus*, del siglo XI) dice dirigiéndose á Enrique III:

*Salve pax orbis, mundi fortissima turris....
Tu caput es mundi.*

(PERTZ, XI, 249.)

(4) «*Der Keiser ist in allen Landen*» VON DEE HAGEN, *Minnesinger*, t. I, página 215, núm. 34.

rinde homenaje al emperador universal» (1). Hasta los poetas franceses se dejan influir por las pretensiones del imperio; pero se declara ya en la raza gala un espíritu de rivalidad: los *Cantos de gesta* atribuyen el imperio del mundo al rey de Francia; Dios mismo lo ha hecho su *sargento* (2). En el *Romance de Brut*, el emperador de Roma pide el tributo á Arturo; Arturo responde que irá á Roma, pero que será para exigir el tributo (3).

Las pretensiones de los emperadores de Alemania encontraron un apoyo, en apariencia, más sólido en el derecho. Faltábales un título jurídico; los legistas lo encontraron en un texto que reconocía á los Césares la soberanía del mundo. Cuéntase que, paseando Federico Barbaroja con dos legistas por los campos de Roncaglia, les preguntó si creían que era el señor del universo. Uno de ellos respondió sin vacilar que sí: el otro puso una restricción: concedía al emperador el disfrute, pero no la propiedad. Federico encontró preferible la respuesta del primero (4). Sea cual fuere el valor de esta anécdota, es lo cierto que el derecho de los emperadores de Alemania á la monarquía universal llegó á ser un artículo de fe para los jurisconsultos. *Bartolo* declaró hereéticos á los que no creían que el emperador era el señor del mundo (5). *Aleciato* se atrevió á sostener en Francia que el rey de los Franceses era súbdito del emperador (6). El emperador, dice *la Glosa* (7), lleva tres coronas para significar que es señor de

(1) *Ludus Paschalis de adventu et interitu Antichristi*, en PEZ, *Thesaurus*, t. II, P. III, p. 188-191.

(2) *Widukind de Sajonia*, t. I, p. 2.

(3) *Romance de Brut*, t. II, p. 116-119, 133.

(4) OTTO MORENA, *de rebus Laudensib. ad a. 1158* (MURATORI, *Scriptores Rer. Italicar.*, t. VI, p. 1018).

(5) BARTOLUS (*in l. 24, D. XLIX, 15*): *Si quis diceret dominum Imperatorem non esse dominum et monarcham totius orbis, esset hæreticus: quia diceret contra determinationem Ecclesie et contra textum S. Evangelii, dum dicit: Exivit edictum a Cæsare Augusto, ut describeretur universus orbis, et ita etiam recognovit Christus imperatorem ut dominum.*

(6) Esta opinión de Aleciato le valió una ruda crítica de BODIN (*Republica*, lib. I): Que es un error ó ingratitud afectada teniendo en cuenta el salario que había recibido en Francia por enseñar la verdad; á no ser que quisiera favorecer al Emperador que se lo llevó á Pavia duplicándole el salario.

(7) *Sobre el Código, tit. de Indict.*

tres mundos. La forma misma de la corona imperial revela estas inmensas pretensiones; lleva en el medio un círculo de oro que representa el mundo, del cual es señor el emperador (1). La bola de oro que lleva en su mano tiene la misma significación (2).

Sin embargo, aquel señor del mundo encontraba á su lado reyes cuyo poder se prestaba poco al reconocimiento de un soberano. La pretension del Emperador era subordinarse las monarquías particulares. Él crea los reyes; éstos gobiernan las provincias del gran Imperio; la Cancillería imperial los denomina *reyes provinciales* (3). De hecho aquella soberanía se reducía á una superioridad de rango que el Emperador conservó hasta los tiempos modernos (4). Tales eran los derechos, ó por mejor decir, las pretensiones del Emperador respecto de los reyes. Nada más quimérico seguramente que aquella monarquía universal. Sin embargo, no se la debe juzgar seguramente segun el término á que ha venido á parar. Había en aquel Imperio, que hoy apenas nos parece serio, un principio de poder, de grandeza, de conquista. La autoridad del Emperador, jefe temporal de la cristiandad, alcanzaba á todos los pueblos del Occidente; como protector de la Iglesia, su deber era extenderla á las naciones paganas. Heredero de los Césares, encontraba en su herencia títulos, casi derechos, pero principalmente el ideal de una monarquía universal. Las clases ilustradas, poetas, cronistas, teólogos, aceptaban aquel ideal; tendía á pasar á la conciencia general como la forma propia de la unidad. ¿Qué más necesitaba el imperio de Alemania para continuar la obra de Roma? Un hombre de genio y circunstancias favorables.

(1) *Honorii Augustodunensis Gemma animæ* (del siglo XII): *Corona imperatoris est circulus orbis. Portat ergo Augustus coronam, quia declarat se regere mundi monarchiam* (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XX, p. 1075).

(2) En la coronación de Guillermo de Holanda (1249), el palatino, poniendo la bola de oro en la mano del nuevo rey, le dijo: «*Accipe globum sphericum ut omnes terræ nationes romano imperio subicias.*» (Véanse más pruebas en PFEFFINGER, t. I, p. 377.)

(3) PÜTTERI, *Jus publicum mediæ ævi*, p. 182, nota d.

(4) Gregorio IX escribía á Federico II: *Coronaris á Summo Pontifice, Corona Imperii, quæ te omnibus mundi potestâtibas anteponit, ut gloria et honore super omnes mundi principes sublimeris.* (PFEFFINGER, t. I, p. 378, 417).

No han faltado grandes hombres al Imperio de Alemania. Oton, que unió la corona imperial á la monarquía alemana, es comparado por sus contemporáneos á Carlo-Magno (1); celebran su reinado como la Edad de Oro (2); la posteridad ha dado, tanto al restaurador como al fundador del Imperio, el título de *Grande* (3). Al advenimiento de Oton, el Occidente parecía amenazado por una nueva invasión de Bárbaros; los Húngaros devastaban la Alemania, la Galia y la Italia: la disolución del Imperio carolingio entregaba la Europa á la anarquía; la Alemania estaba desgarrada por las divisiones de los príncipes, el Pontificado degradado por la dominación de las cortesanas. Oton salvó la civilización cristiana, deteniendo la invasión de los Húngaros. Fiel á la misión que Carlo-Magno había impuesto á la monarquía germánica, pasó los Alpes para arrancar á la Santa Sede de la violencia de los partidos y del escándalo de la corrupción. Restableciendo el Pontificado y el Imperio, Oton fundó la unidad de la Edad Media; pero quería fundarla en beneficio propio; el Emperador contaba con dominar á los papas y concentrar en su cabeza el poder espiritual y el temporal. El casamiento de su hijo con una princesa griega debía unir los imperios de Oriente y de Occidente, y reconstituir en cierto modo la antigua grandeza romana. Oton III, nacido de este matrimonio, hijo de una griega, nieto de una italiana, mezclaba en su sangre el orgullo romano y la vanidad helénica. Pensó seriamente en restablecer el Imperio romano (4). Usaba el ceremonial de la corte bizantina (5); demos-

(1) THIETMAR., *Chron.* II, 28 (PERTZ, III, 757): *Post Carolum Magnum regalem cathedram nunquam tantus patriæ rector atque defensor possedit.*

(2) *IBID.*, *ib.*—C. J. GORZIENSIS, c. 43 (PERTZ, IV, 349): *Otto Cæsar, omnium retro præconia superans.*—*Chronicon Balderici*, c. 93 (BOUQUET, VIII, 281): *Otto Imperator sanctissimus, tutor fidissimus, norma justitiæ, cultor devotus Ecclesie, cultor pacis, amator religionis.*

(3) SISMONDI, *Historia de la decadencia del Imperio romano*, c. 23.—*Historia de las repúblicas italianas*, t. I, c. 2.

(4) *Gesta Episcoporum Cameracensium*, I, 114 (PERTZ, VII, 451): *Otto III magnus quiddam, immo impossibile cogitans, virtutem romani imperii ad potentiam veterum regum atollere conabatur.*

(5) THIETMAR., *Chron.*, IV, 29 (PERTZ, III, 781): *Imperator antiquam Romanorum consuetudinem jam ex parte magna deletam suis cupiens renovare temporibus, multa faciebat quæ diverzè diverse sentiebant. Solus ad mensam quasi semicirculus faciebatur, loco cæteris eminentiori, sedebat.*

traba hácia Roma una gran predilección, hasta el punto de ofender á sus fieles Sajones (1); buscaba sus amigos y sus consejeros entre los Romanos, creyendo que éstos podrían ayudarle mejor que los Germanos á resucitar el pasado (2).

Un cronista dice que Oton III quiso cosas tan grandes, que se las puede tener por imposibles. La pompa imperial engañaba á los contemporáneos; no era más que una vana imitación de las formas del Bajo Imperio. Al ver *los señores y los condes de la milicia imperial, los protospatrios, los vestiaros y protovestiaros, los logotetos y los archilogotetos*, podía uno creer que se encontraba en Constantinopla; no faltaba nada, ni aún la vanidad griega: veíase en la córte de Alemania un *prefecto naval*, á pesar de que el Emperador no poseía un solo barco. Aquel aparato, como dice un historiador alemán (3), parecía más bien una mascarada que una monarquía universal. Los Otones transmitieron sus ambiciosos proyectos á una familia todavía más ambiciosa y más poderosa. Los Hohenstaufen amenazaron al Occidente con la monarquía universal. Federico Barbaroja reunió en su cabeza los derechos de las dos casas rivales, de los Güelfos y de los Gibelinos. Su canciller, el arzobispo de Colonia, trataba á los reyes con desden, como trata un señor á sus inferiores (4). Enrique IV añadió la corona de las dos Sicilias á las coronas de Alemania y de Italia; codiciaba el Imperio de Constantinopla y hasta el Oriente mismo (5); quería hacer de la Francia un feudo del Imperio (6). Su conducta era ya la de un señor del mundo: se atrevió á poner la mano sobre un rey; Ricardo Corazon de leon compareció an-

(1) Oton III, en un discurso á los Romanos, dice: «*Vosne estis mei Romani? Propter vos quidem meam patriam, propinquos quoque reliqui. Amore vestro meos Saxones et cunctos Theotiscos, sanguinem meum projecit...*» (THANGMARI, *Vita Bernardi*, c. 25, en PERTZ, IV, 770).

(2) *Gesta Episcoporum Cameracensium*, I, 114 (PERTZ, VII, 451).

(3) GIESEBRECHT, *Geschichte der deutschen Kaiserzeit*, t. I, p. 689.

(4) Llamaba al rey de Francia reyezuelo: «*Impudenti scurrilitate verborum consuevit regulum appellare.*» (J. SARISBERIENSIS, *Epist.* 185, p. 480.)

(5) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. II, p. 568 y sig.

(6) Esto es lo que Inocencio III escribió á Felipe-Augusto para apartarle de la alianza de los Hohenstaufen (*Registrum Innocentii de negotio Imperii*, Ep. 64, en la *Colección de las cartas de Inocencio III*, de BALUZE, t. I).

te una dieta imperial como ante sus jueces naturales (1). No faltaba más que un príncipe cuyo genio estuviese á la altura de aquellos proyectos gigantescos. Federico II, el hombre más extraordinario de la Edad Media, es llamado al trono de Alemania. ¿Por qué fracasó? Los Hohenstaufen caen ante el Pontificado unido al espíritu de libertad; el último vástago de aquella raza arrogante muere bajo el hacha del verdugo. El Imperio, entregado á la anarquía, no se rehace ya; no quedan á los emperadores romanos más que títulos y pretensiones.

SECCION III.—MISION DEL IMPERIO.

Los emperadores aspiran á la monarquía universal como un derecho que va unido al nombre de Roma. La Iglesia da su sancion á estas pretensiones: de las dos espadas que rigen á la cristiandad, guarda la espiritual y deja la temporal al Emperador. Papas y emperadores vivían bajo la influencia de un error secular. La monarquía universal no es el ideal de la humanidad. Por más que el Dante la exalte como el único medio de asegurar la paz y la unidad, el monarca universal no podría establecer la paz más que destruyendo toda vida individual; esta paz sería la de la muerte, la paz que los Césares romanos dieron á las Galias. El pretendido ideal de los Gibelinos no era más que un retroceso á lo pasado, á un pasado que habia conducido á la Europa al borde del sepulcro. En cuanto al ideal cristiano, era contradictorio. La Iglesia reconoce al Emperador la soberanía del mundo, pero nada más que en

(1) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. II, p. 562.—ROGER DE HOVEDEN dice que Ricardo rindió homenaje al Emperador: «*Deposuit se de regno Angliæ, et tradidit illud Imperatori sicut universorum domino, et investivit inde eum per pileum suum.*» (*Annal.*, p. 724. ed. 1601.)